



WAGNER. Enrique Gavilán en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras. El máximo experto en música clásica de España, José Luis Téllez, ha ensalzado su libro «Entre la hist-

—La Edad Media ejerce sobre nosotros una fascinación muy especial desde hace al menos un siglo y medio. Pero da la impresión de que en los últimos veinte años se ha intensificado. Buena parte de nuestras referencias culturales más populares la toman como inspiración: Harry Potter, El señor de los anillos, Juego de tronos... Y en otro terreno, no hay nada más presente en la geografía española que los mercadillos medievales.

—Quizás se podría matizar que la pasión por la Edad Media comienza con el romanticismo, y por tanto estamos hablando de comienzos del siglo XIX. Allí se inicia el culto a una época que había sido despreciada por la Ilustración, que la había visto como sinónimo de barbarie y superstición. El romanticismo, con su reacción contra la Revolución Francesa y contra el capitalismo, va a valorar este periodo y lo va a identificar con las raíces de las nuevas naciones (Alemania, Francia, Italia...) que se buscan en la literatura y el

«La falta de proyectos y la crisis de los grandes relatos explica nuestro interés desmedido por la Edad Media»

arte medievales, que son ahora revalorizados.

—Los mercadillos medievales o recreaciones históricas como la llegada de Juana la Loca a Tordesillas, o de Carlos V a Mojadós, ¿son los fenómenos que enlazan más claramente con esta busca de la raíz?

—No lo veo así. La búsqueda de la raíz está ahí y es una consecuencia directa de la globalización y la homogeneización, que conduce a acentuar lo propio. Pero este tipo de recreaciones las relacionaría mucho más con la sociedad del espectáculo. Con la necesidad de cubrir el ocio y proporcionar un tipo de animación cultural, muy superficial, pero muy atractiva, que sea muy vendible y que pueda atraer turistas. Y sobre todo es algo relacionado con la

multiplicación de autoridades, locales, regionales, diputaciones, que crean esa animación, que funciona bien y que provoca que la gente esté contenta con quien lo organiza.

—Volviendo al comienzo de la conversación: Harry Potter, El señor de los Anillos, Juego de tronos... En esos tres casos seguramente se puede aplicar lo que en alguna ocasión ya ha señalado, que nuestra fascinación por la Edad Media va acompañada de un cierto elemento de escalofrío y de rechazo.

—Creo que el símbolo de esto es el dragón. De hecho, el libro que estoy preparando se titulará así 'Donde habitan dragones' y llevará por subtítulo 'Sobre la fascinación de la Edad Media'. Por un lado está ese elemento de fantasía que nos per-

mite proyectarnos y alejarnos de un contexto relativamente frustrante como puede ser el de las sociedades modernas. Pero hay otro elemento que produce un escalofrío y que representa lo indomable. Ese elemento de la naturaleza que no puede domesticarse lo representa el dragón y es un ingrediente esencial que aparece no solo en los ejemplos que cita sino en casi cualquier película medieval o de fantasía.

Porque una de las cosas que me parecen más sorprendentes es que cuando pensamos en un mundo de fantasía éste tiende a parecerse muchísimo a la Edad Media. O mejor

«Cuando pensamos en un mundo de fantasía tiende a parecerse mucho a la Edad Media»

dicho, a la imagen que tenemos de ella.

—En cualquier caso, ¿puede estar todo esto relacionado con nuestro presente? La nuestra es una era sin autoridades indiscutibles y con muchos señores feudales. Y ese 'Imperio romano' de Estados Unidos que nos rige, aunque aún no se ha desmoronado, está viviendo un cierto proceso de decadencia.

—Es posible. Pero yo no me atrevería a establecer un paralelismo tan claro como el que plantea entre nuestra sociedad y la de entonces. Creo que lo que vuelve no es tanto la Edad Media en sí, como la fascinación por nuestra idea de esa época.

Uno de los factores que explican este interés desmedido por la Edad Media es la falta de proyectos, la crisis de los grandes relatos, la crisis de las grandes narrativas, todo eso que según Lyotard caracteriza el posmodernismo. Esos proyectos permitían a la parte de la sociedad que está mal, o que no está con-

«Lo que caracteriza a nuestro mundo es que no hay refugio. Solo queda aprender a vivir con la inseguridad»

mito» como uno de los mejores ensayos sobre Wagner. :: GABRIEL VILLAMIL

▶ tenta con lo que le ha tocado en suerte, proyectarse hacia el futuro. Pero eso ha dejado de funcionar, o, por lo menos, ha dejado de ser creíble. Y en ese momento es cuando aparecen como sustitutos esos mundos fantásticos, atractivos, en los que uno puede proyectarse. Y esto sí que es una situación que tiene mucho en común con el Romanticismo. Ahí sí que me atrevo a establecer un paralelismo entre el presente y ese periodo de decepción de los ideales de la Revolución Francesa y la Ilustración que da pie al surgimiento del Romanticismo. -De algún modo está sugiriendo que nuestra fascinación por la Edad Media lo que revela es que estamos en un periodo histórico neorromántico. Y de crisis de la idea de la razón. -Diría mejor, de crisis de una cierta idea de la razón, para no pillarnos los dedos. Crisis de una razón fuerte, que nos permita explicar perfectamente el mundo, de una razón que nos permita proyectar una in-

geniería social, una ingeniería política, que garantice la mejora de la sociedad. Creo que eso es lo que ha entrado en crisis. Estoy muy de acuerdo con el sociólogo polaco Zygmunt Bauman, que viene a decir que el posmodernismo es el momento en el que nos damos cuenta de esos límites de la razón. No es un rechazo de la razón, sino un darse cuenta de que todo movimiento de creación de orden produce desorden. Que todo avance del conocimiento produce nueva oscuridad. Lo que entra en crisis es el sueño de una razón fuerte e ideal. Y al entrar en crisis se producen una serie de transformaciones. Entre ellas la falta de credibilidad de los grandes relatos y esta situación de decaimiento en la que estamos, una de cuyas manifestaciones es esta fascinación por la Edad Media. Cuando yo tenía veinte años hablar de esto hubiera sido una 'boutade': la Edad Media era lo más horrible, y lo que identificábamos

UN MUNDO QUE AGONIZA

Conversaciones para tiempos de cambio



VIDAL ARRANZ

Enrique Gavilán

Lleva un nombre y un apellido que pesan. Su abuelo fue alcalde de Valladolid y número dos de Santiago Alba, y su padre, el crítico de arte de El Norte de Castilla que impulsó el Grupo de Simancas. Enrique Gavilán Domínguez es la tercera encarnación de un legado al que añade méritos propios. Profesor de Historia Medieval en la Universidad de Valladolid y miembro de un grupo de investigación de teatro en Valencia, da clases también en Bayreuth, Berkeley y Columbia. Autor de un libro sobre la música y el tiempo, y de dos ensayos sobre Wagner, es colaborador habitual del Teatro Real, jurado del Festival Internacional del Teatro de Calle y uno de esos profesores cultos y estimulantes que despiertan vocaciones.

con lo que existía en ese momento y contra lo que luchábamos. Y, sin embargo, ahora nos encanta. Incluso 'viajamos' a la Edad Media. -Como hemos visto, hay dos modos de ver la Edad Media. La de los ilustrados, que la concebían como una anomalía en la línea del progreso, y la de los románticos, que encontraron en ella elementos de estímulo y de inspiración. Si aceptamos la idea de que vivimos un periodo neorromántico, ¿qué puede la Edad Media aportarnos a nosotros como estímulo? -Es una pregunta difícil de responder. Pero me voy a apoyar en una cita de Carlos Marx sobre las repeticiones de la historia en la que afirma que lo que la primera vez surge como tragedia, en la segunda se repite como farsa. Entre la fascinación romántica por la Edad Media y la nuestra hay una gran distancia. Y me cuesta encontrar algo positivo en nuestros mercados medievales y carnavales históricos.

En los románticos hay una pasión por tratar de ir más allá de los ilustrados y eso se traduce en que Isaiah Berlin considere el romanticismo como el movimiento intelectual más importante que se ha producido en Europa en los tres últimos siglos, hasta el punto de que todos los demás derivan de él. En cambio, en nuestra fascinación por la Edad Media yo solo veo nostalgia y no hallo un afán por ser mejores, o por desarrollar la sensibilidad, sino lo contrario. Es un entretenimiento completamente superficial.

-Al referirnos a la Edad Media hemos hablado de fantasía. Pero me atrevo a introducir otra palabra: superstición. Hay un rebrote de las supersticiones en nuestro presente que nos puede emparentar de algún modo con este periodo.

-Sin duda, pero yo lo ampliaría y no me limitaría a las supersticiones. Hay un recrudescimiento de lo religioso. Y aquí conviene recordar una cita de Malraux, que decía que el siglo XXI sería religioso o no sería. -Esto sorprenderá a muchos. Al menos en España no hay ninguna conciencia de esto, sino más bien de lo contrario: hay un avance aparentemente imparable del laicismo.

-Todo depende de lo que se mire. Si uno mira en España a los que van a misa los domingos es realmente patético, y contrasta con lo que uno ve en sitios como en Francia, Alemania o Italia. Pero examinemos otros fenómenos, como la Semana Santa. Que tiene una gran pujanza no solo en ciudades de tradición como Sevilla o Valladolid, sino incluso en otras donde no había habido nunca, como Bilbao. El problema es que identifiquemos en exceso a la religión con los portavoces de la Conferencia Episcopal. Ese es un aspecto de la religión, pero hay otros.

En Alemania, Italia, Estados Unidos... por no hablar de los países árabes, o de la expansión del protestantismo en los países hispanoamericanos, donde tienen una pujanza extraordinaria, la religión está muy presente y creciendo. Y teniendo en cuenta todo lo que hemos dicho de

«Estamos viviendo un recrudescimiento de lo religioso en el mundo»

«No solo no tenemos sentido histórico, sino que tampoco hay sentido de la herencia»

«La fantasía nos permite alejarnos de la frustración de las sociedades modernas y proyectarnos»

la crisis de los grandes relatos es bastante coherente que esto ocurra. Lo que es más difícil es que la Iglesia Católica en España, con el inmenso desgaste que ha sufrido, mantenga el atractivo que podía tener hace cien años.

-Vivimos en un mundo lleno de incertidumbres y en el que los hombres sienten que no son dueños de su destino, lo que nos emparenta con lo que sabemos de los hombres de entonces.

-Eso es lo que se llama la sociedad del riesgo. No solamente no controlamos nuestro destino sino que no podemos confiar en proyectos de futuro porque los desastres, cuando se producen, alcanzan unas magnitudes desconocidas antes en la historia. La posibilidad cierta de que este mundo se destruya si llega a producirse una gran conflagración nuclear, o la magnitud que adoptan hoy las catástrofes naturales, es lo que lo convierte en una sociedad del riesgo. Todo esto seguramente está en la base de esas sensaciones de miedo, de incertidumbre y de angustia ante el futuro.

Este es normalmente el elemento que los sociólogos subrayan, y es indiscutible. Pero a mí me parecen tan importantes otros dos más: la ausencia de proyectos de futuro convincentes, y la pérdida de identidad. O sea, que la macdonalización de la cultura hace que la gente se aferre a identidades casi de aldea. Todo eso explica bastante dónde estamos, y qué nos fascina o nos atrae.

-Lo ha mencionado antes: los nacionalismos nacen de la Edad Media.

-El renacer de los nacionalismos está asociado a una amenaza que es real. El problema de fondo del País Vasco es que el euskera tiene los días contados: es una lengua que va a desaparecer por mucho que se esfuerce. El catalán seguramente pervivirá un poco más, pero también desaparecerá. Creo que esa conciencia de que lo que para

UN MUNDO QUE
AGONIZAConversaciones para
tiempos de cambioEnrique
Gavilán

Ellos es un elemento esencial de su identidad se puede perder es lo que provoca esas reacciones, que parecen absurdas vistas desde aquí. Pero es que nosotros tenemos una plataforma muy sólida, que es el castellano.

-Nuestra imagen de la Edad Media no es del todo justa con los méritos de esa época. El teatro nace en esta época, ligado a la liturgia religiosa. Y usted defiende que también la ficción, tal y como la entendemos, tiene su origen en este periodo.

-Lo cierto es que casi todo lo que somos viene de la Edad Media. Ha citado los ejemplos del teatro y de la ficción, pero ocurre lo mismo con la música. La música occidental tiene una característica única, que no tiene ninguna otra, que es que ha desarrollado una escritura musical. Las demás, o

no la tienen o han copiado la escritura occidental. Y esto es muy importante, porque a partir de la invención de la escritura musical la música puede tener una complejidad nueva y única. Y eso es una creación de la Edad Media, que ya en-

tonces da lugar a formas polifónicas extraordinariamente complejas y de una riqueza asombrosa. Las lenguas que hablamos hoy, como el castellano, son una creación de la Edad Media. Por no hablar de buena parte de nuestras ciudades. Somos Edad Media por los cuatro costados. Plantear lo contrario es absurdo.

-Usted ha explicado que una de las características de nuestro tiempo es la pérdida del sentido histórico. Y que eso nos ha dejado sin anclajes.

-No tengo clara la causa. No sé si tie-

ne que ver con el sistema educativo, o con las características de nuestra sociedad. Pero es cierto. Soy profesor de Historia en una Facultad y la idea que los alumnos tienen de lo que ha sido la historia de España es muchas veces peregrina. Y si salimos fuera de la Universidad es aún peor. No sólo no hay sentido histórico, sino que tampoco hay sentido de la herencia. Cuando yo tenía veinte años era muy consciente de que otros antes, en mi país y en otros, habían peleado por ciertas metas, y me identificaba con ellos. Creo que

hoy no se da nada parecido entre quienes tienen entre 15 y 25 años. -Si esto fuera así, habría que concluir que ha dejado de ser cierta la afirmación de Nietzsche de que en Europa había un "exceso de historia". El lo consideraba una patología, porque, a su juicio, "sin olvido no hay felicidad posible".

-Eso que Nietzsche afirma en la "Segunda consideración intempestiva", y que es cierto cuando él lo dice, ya no lo es en nuestro caso. Las razones de nuestra infelicidad son otras. -También habría que darle la vuelta a su argumento de que sin olvido no hay felicidad. Porque parece que ahora tenemos la sensación de que hay exceso de olvido.

-Hay un ejemplo muy claro en toda la polémica que ha rodeado la recuperación de la memoria histórica. Creo que el silencio que se produjo al final del franquis-

«Los vampiros son un sucedáneo del poblado mundo de espíritus medieval»

«La aventura es fundamentalmente el encuentro con lo indeterminado»

«La fascinación por el móvil es una buena muestra del triunfo del simulacro sobre lo real»

-Usted interpreta el posmodernismo como un movimiento cultural de fin de civilización. Es el resultado de tomar conciencia de que todo está ya inventado. ¿Significa esto que nuestra cultura está ya agotada? ¿Ya no damos más de sí?

-Digamos que lo que está agotado es una determinada idea de nuestra cultura, que es la que ha dominado un par de siglos. Es, por ejemplo, la idea según la cual el arte debía estar renovándose continuamente, descubriendo formas nuevas y nuevos lenguajes. Eso es lo que se agota. Llega un momento en el que la innovación se hace tan rutinaria que deja de ser innovación. Y en ese momento se para.

¿Qué nos queda, si ya está todo dicho, si ya se han cometido todas las transgresiones? Pues volver la vista atrás. Eso es el posmodernismo. Tomar conciencia de que quizás no podemos crear nuevas formas, pero podemos volver a revisar el pasado con ironía.

Yo no creo que eso sea el final de una cultura, o de una civilización, sino el final de una versión en la que la idea de progreso, la proyección continua hacia el futuro, la vanguardia como lo más representativo del arte y la cultura llega un momento en el que ya no funciona. Algo parecido ocurre en el terreno de la política.

-Hay un problema con el posmodernismo. Y es que coloca en crisis el concepto de verdad. Tanto la verdad histórica, como incluso la verdad narrativa. Al desmoronarse la posibilidad de la verdad se desmorona también la posibilidad de un cierto sentido. Pero

¿se puede vivir en un mundo donde no se reconozcan verdades firmes sobre las que apoyarse? ¿Cómo construir algo sólido sobre los cimientos del relativismo?

-El problema de la verdad no es un problema fácil. Es evidente que puede haber verdades indiscutibles. Que el Valladolid perdió 2-0 con el Atlético de Madrid es una verdad indiscutible. O que Hitler cometió el Holocausto. No creo que nadie pretenda cuestionar eso. El problema es el de los marcos en los que aparecen esas verdades.

Podemos explicarlo con el ejemplo de la Historia. La historia es un invento muy potente, que tiene sólo dos siglos, como disciplina. Durante su primer siglo fue un elemento central de la Universidad europea, y fue clave en la creación de los Estados-naciones, que se legitiman con lo que cuentan los historiadores. Sin embargo, en los últimos cuarenta años se va a encontrar con el cuestionamiento de grupos que denuncian que esa historia indiscutida es, en realidad, el relato de un grupo muy concreto de la población: el relato de varones, blancos, heterosexuales y occidentales. Pero hay otros grupos que no se reconocen en ese relato. Es el caso de los países coloniales, por ejemplo. Y lo mismo va a pasar

con las mujeres, que van a querer escribir su historia. Y en países multiraciales como los Estados Unidos, los afroamericanos van a escribir su historia, y los judíos la suya.

Lo que ya no hay es un discurso respetado universalmente. Ese discurso tendrá que competir con otros. Eso no quiere decir que no haya verdades concretas que sean reconocidas por todos. No desaparece la verdad, sino el carácter incuestionable de determinados relatos o conjuntos de relatos.

-En la Edad Media quedaba, al menos, el refugio de la fe. ¿Qué refugio le queda hoy al hombre contemporáneo?

-Lo que caracteriza a nuestro mundo precisamente es que no hay refugio. Se trata de aprender a convivir con esa inseguridad, con esa sociedad del riesgo. Pero me temo que no hay un sustituto para el gran padre que podían tener en la Edad Media, o para las otras certezas que surgieron después, primero la Ilustración y luego el marxismo y otros movimientos. Desgraciadamente, o quizás afortunadamente, lo único que nos queda es aprender a convivir con nuestra inseguridad.

-Baudrillard vaticinó que la realidad sería sustituida por el simulacro. Parece que la profecía se ha cumplido. Hoy nuestra experiencia con lo real está abusivamente mediada por lo virtual.

-Completamente. La fascinación por el teléfono móvil es una buena muestra del triunfo de ese mundo del simulacro. La experiencia real prácticamente desaparece. Hay una anécdota muy expresiva relacionada con el proceso de O.J. Simpson, la estrella de fútbol america-

«La idea del arte como forma suprema de conocimiento sólo ha calado en élites»



INQUIETO. Sus intereses no se limitan a la Historia. :: G. VILLAMIL

mo fue algo que se decidió, y que se eligió, en función de la reconciliación, pero el paso de los años ha puesto de manifiesto que fue un error, porque había un trauma social muy profundo. No hablar de ello en su momento ha tenido un coste, y un coste muy grande.

-La Edad Media es también un universo que cree en la existencia del mal, y en un mal que se encarna. No sé si esto tiene algo que ver con nuestra fascinación actual por los vampiros y por los demonios.

-No sólo es que crea en el mal, es que el hombre de la Edad Media cree que el mundo está superpoblado de espíritus. Los vampiros vienen a ser una especie de sucedáneo de ese mundo de presencias del hombre medieval. Ya no tenemos el ángel de la guarda, ya no está el demonio, y proyectamos toda esta serie de seres, y eso resulta atractivo.

-Nuestro modelo de héroe arranca de los relatos de caballería. Pero da la impresión de que está en profunda crisis. Hemos sustituido al héroe entendido como aquel que busca -como el que se busca a sí mismo y busca el sentido- por el héroe entendido como aquel que sabe siempre lo que hay que hacer. La poesía, sacrificada en el altar de la funcionalidad. Pero esta modalidad pragmática de héroe también ha entrado en crisis. Con lo cual las figuras heroicas cada vez aparecen más como simulacros.

-Estoy muy de acuerdo con lo que dice. Pero yo diría más: estamos en el mundo del simulacro y una prueba de ello es que en nuestra sociedad los héroes sean los famosos, y en particular los actores y las actrices. Los héroes hoy son los falsos héroes, los que encarnan a los héroes. Incluso dando una vuelta de tuerca más a este molino de la estupidez llegamos a los modelos, que ni siquiera son capaces de encarnar de forma convincente a un determinado personaje, sino que sólo son capaces de moverse sobre una pasarela con una ropa. Ese sería el final de este proceso hacia la superficialidad más absoluta. Por no hablar, claro, de los famosos de televisión.

-También se ha devaluado nuestro sentido de la aventura. Lo que antes era búsqueda, ahora se ha convertido en montaña rusa. Esto se ve muy bien en el cine. Hoy el cine de aventuras, el cine de acción, es fundamentalmente un parque de atracciones.

-En uno de los relatos artúricos hay una frase que explica muy bien esto. Unos caballeros salen en busca de la aventura, con ese sentido de búsqueda que usted apuntaba, y el más joven pregunta a un veterano: «Y esto de la aventura ¿qué es?». Y le responden: «Es que si lo supiéramos ya no sería una aventura». La aventura es fundamentalmente el encuentro con lo indeterminado. Y a partir de ahí uno se encuentra a sí mismo, o encuentra sentido.

Sin embargo, actualmente la realidad está llena de aventuras. Pero son aventuras perfectamente organizadas, perfectamente protegidas, donde uno cruza un río, o se disfruta de soldado, o lucha contra otro... son juegos, con unas reglas y un tablero perfectamente delimitados. La necesidad y el impulso de la aventura siguen existiendo, pero lo que no existe ya es una sociedad donde uno se realice buscando aquello desconocido.

«La muerte es parte de la vida y requiere un aprendizaje. Hay que prepararse»

«La homogeneidad hace que la gente se aferre a identidades casi de aldea»



NATURALEZA. En la Esgueva, una naturaleza domesticada donde no caben dragones. :: a.v.

«No creo que el arte cubra hoy el hueco de la religión»

-Acaba de publicar el libro 'Entre la historia y el mito. El tiempo en Wagner'. Una de las ideas clave de este compositor es la de que el mundo de la religión se ha agotado y que el arte ha de ocupar su papel. ¿Se ha cumplido ese vaticinio?

-Con Wagner se realiza. La última obra de Wagner, Parsifal, viene a desempeñar ese papel. Pero en general lo que hace Wagner no es otra cosa que realizar el sueño romántico. El romanticismo plantea que la política, la filosofía y la ciencia resultan insuficientes para conocer el mundo, y que el arte va a venir a ocupar su papel. Wagner desarrolla ese planteamiento en un cierto sentido y, sobre todo, tiene un éxito colosal.

No hay nadie en el presente que haya alcanzado el éxito que logró Wagner en su tiempo. Es alguien que se permite el lujo de crearse un teatro para su obra, un teatro completamente distinto a todos los teatros que existen en su época, y, además, en Bayreuth, en un lugar que está alejado de todo. Yo voy todos los años a dar clases a Bayreuth y para llegar allí desde Valladolid tengo que coger entre seis y siete medios de comunicación. Y esto en el siglo XXI. Un viaje de todo un día. Hay que imaginarse lo que era eso en 1876 cuando se estrena 'El anillo del Nibelungo'. Bueno, pues a ese estreno van reyes, duques, condes, los compositores más importantes de Europa. A todos se los lleva allí.

Una vez que ha conseguido ese reconocimiento es cuando formula la idea, en 'Arte y religión', de que la religión está agotada, que ya no dice nada al hombre actual, y que es el momento de que el arte

desempeñe su función. Y eso es lo que va a intentar con 'Parsifal'. Pero desde Wagner hasta hoy han pasado muchas cosas y yo no creo que el arte cubra hoy en día el hueco de la religión. Me gustaría que lo cubriera, pero creo que desgraciadamente no es así.

-¿Ha calado al menos en la sociedad ese ideal romántico del arte como forma suprema de conocimiento?

-Creo que no. Esa idea del arte ha calado, pero en una pequeña elite. Si hiciéramos una encuesta, el resultado sería descorazonador.

-Wagner reivindica la obra de arte total, pero parece que ese ideal también ha sido aparcado.

-Sin embargo, ahí yo sí creo que hay artistas que han tratado y tratan de realizarlo. Otra cosa es que lo consigan. Wagner aspiraba a hacer algo parecido a lo que habían logrado los griegos, pero mirando al futuro: una obra que integrara todas las artes a partir de la tragedia. En eso es en lo que va a empeñar su vida, y se puede decir que hasta cierto punto lo consiguió.

Una de las razones por las que Wagner es tan importante es la gran influencia estética que ha tenido, y una de sus manifestaciones es ese ideal de obra de arte total, que va a encontrar eco desde en la Rusia soviética, en los tiempos de la vanguardia, hasta en muchos otros artistas que se lo planearán desde la arquitectura, el teatro, la música o la pintura.

-La Historia se sostiene en una muy precisa concepción del tiempo característica del mundo occidental, que lo concibe de forma lineal e irreversible, como una flecha. ¿En qué medida Wagner rompe con esa visión tradi-

cional, y qué dimensión alternativa nos descubre?

-La relación con el tiempo es esencial para cualquier individuo. Es, fundamentalmente, la relación con lo que no está. Ni el pasado ni el futuro están aquí y, sin embargo, están muy presentes. Esa extraña paradoja es el agujero en el que el arte trata de trabajar.

En la obra de Wagner, el elemento esencial es la orquesta, que es el vector fundamental del drama. Pero lo que la orquesta toca se organiza de una manera muy especial, a través de motivos conductores, los famosos leit motiv, que están asociados a determinados sentimientos, personajes, objetos, estados de ánimo, promesas, etc. Pero no de una manera lineal, sino que los motivos están en transformación y relacionados unos con otros. Entonces lo que ocurre es que mientras algo sucede en el escenario, la orquesta está interpretando motivos que están revelando claves que no vemos en el escenario. Por ejemplo, están trayendo el pasado. La música, con toda la potencia que tiene, tanto consciente como inconsciente, está produciendo unas asociaciones con el pasado, sacando el inconsciente de los personajes. Eso produce una sensación fortísima de presencia de lo que no está.

Un ejemplo claro es el personaje de Wotan. En la última parte de la tetralogía, 'El ocaso de los dioses', no aparece en escena, pero es la parte en la que está más presente. Y lo está a través de la orquesta. Por eso me parece tan fascinante el poder que Wagner le otorga a la música para hacer presente lo ausente y para saltar por encima del tiempo.